

"Venid a mi los que estáis cansados y agobiados que Yo os aliviaré"

(Mt 11,28)

Voluntarios de la IBSCJ



Amor materno 2

María Fernández sabe muy bien lo que supone el amor de una madre, ya que ella es madre y... ¡lo comparte con nosotros en verso!

Cerca del cielo 3

Griselda Tapia nos ha enviado desde Oruro (Bolivia) una estupenda crónica de sus vivencias personales.

Confía en Dios 5

Ignacio Salas nos plantea una reflexión sobre lo que significa creer en Dios para cada persona.

Alegría incontenible: ¡"Habemus papam"!

Francisco I es el primer papa jesuita de la historia.

El día 14 de marzo, por la tarde, me encontraba en la Facultad de Teología de Granada, una Institución de la Compañía de Jesús.

A través de los mensajes enviados a los móviles de algunos alumnos nos enteramos de la fumata blanca que había aparecido en el tejado de la Capilla Sixtina. El nerviosismo de profesor y alumnos era patente. No era posible concentrarse en el temario de la clase. Hicimos, como habitualmente, un descanso hacia la mitad de la tarde y todos nos aglutinamos en una de las aulas. El

ordenador de la clase estaba conectado a internet y, a través del proyector, pudimos ver la chimenea con su humo blanco y abundante.

Terminada la pausa volvimos cada uno a nuestra clase, pero ya fue imposible concentrarse en nuestros estudios. Así que, todos de acuerdo, volvimos al aula en que nos habíamos agrupado para ver y oír al nuevo papa. ¡Allí estaba! Vestido con su sotana blanca y dirigiéndose a Roma y al mundo con sencillez. ¡Y rezamos con el papa Francisco I por nuestro papa emérito Benedicto XVI!



Emocionados le vimos inclinarse humildemente para solicitar una bendición de nuestro Padre Dios para él antes de la suya para todo el orbe. Y terminó diciendo con sencillez: ¡Id a descansar!

Efectivamente, ya podíamos descansar: El Espíritu Santo nos había enviado un nuevo pastor; alguien que ha tomado sobre sus hombros la enorme responsabilidad de dirigir en los próximos años la Iglesia que Jesús fundó. ¡¡Alabado sea el Señor!!

Ignacio Salas.



El amor de una madre



María Fernández Espínola es una voluntaria más de la IBSCJ. Entrada en los sesenta descubre que la VIDA está llena de colores e intenta componer, con ellos, una sinfonía en la que aún no ha encontrado los últimos acordes para finalizarla. Es por ello, y ya metida en los setenta que, se pone el mundo por montera, e intenta buscar, para concluir su obra, en la lectura, costura, pintura, música, baile y poesía, las notas necesarias para rellenar los huecos de su pentagrama. Pero, cuando la conoces, sabes que su búsqueda la centra en las dos disciplinas más importantes en su vida: El amor hacia sus hijos y hacia los demás.

Como el amor de una madre
no existe ningún querer
ella te ha dado la vida
y por tu llegada al mundo
ella la pudo perder.

Con sus pechos te amamantó
te enseñó a andar y comer,
con qué cariño te acunaba
cuando tú eras un bebé.

A la escuela te llevaba de la
mano
para que no te fueras a
perder,
no escatimaba en tus
estudios
para que llegaras a ser
una persona de bien.

Puedes tener compañeros,
amigos que te quieran bien,
tu esposa o algunos
hermanos
u otro distinto querer.

En algún momento de tu vida
alguno de esos amores
puedes llegar a perder.

Tu madre te da su amor
sin pedir nada por él,
sin pedirte nada a cambio
y sin ningún interés.

El amor de tu madre
nunca lo vas a perder
te ayudará de por vida
en todos aquellos problemas
que te puedan suceder.

Si te quedas sin trabajo
o te diera por beber,
o en la droga o en el juego,
siempre encontrarás su apoyo
aunque para ayudarte a ti
se quede ella sin comer.

Yo aconsejo a los hijos,
cuando
sus madres lleguen a la vejez,
que no dejen de visitarlas,
es cuando más necesitan

de su amor y su querer.

Siempre te estará esperando
de ti nunca se va a olvidar
porque una madre
no se cansa de esperar.

Quisiera que este relato
hiciera reflexionar,
a aquellos que no tienen sitio
para acoger a sus padres
dentro de su propio hogar.

Las mujeres, cuando aman,
ponen en el amor algo divino.
Tal amor es como el sol, que
anima la naturaleza.

(Plutarco)



Una Casa que te acerca al cielo

Griselda Tapia Escobar

Empezaré relatando brevemente el principio de mi existencia, fue cuando concluía la primavera de 1976, a principios de diciembre. Pasaron tres meses y algo pasó, me enfermé con la parálisis infantil (poliomielitis), la misma que me dejó una secuela en la pierna derecha. Pienso que aquel suceso marcó el rumbo de mi existencia, puesto que después de 13 años de vida, por situaciones diversas llegué a una casa que se convertiría en mi médula. La Institución Benéfica del Sagrado Corazón. En este maravilloso lugar aprendí a aceptar mi condición de persona con discapacidad, a socializar con los demás de manera espontánea y segura, a canalizar mis emociones, y lo más importante a conocer y amar a Dios de manera intensa.

Estuve acogida dentro de ella durante 7

años, los mismos que estuvieron llenos de emociones, tristezas y amarguras propias de la adolescencia y también alegrías; pero sobre todo de convivencia continua. Una convivencia con los seres más dulces e inocentes que jamás pude encontrar en otro lugar y que tuve la suerte y la gracia de conocerlos ahí.

En este paraje por el cual me tocó trajinar encontré a mis hermanos y hermanas de corazón, Reina, María, Melvy, Vesma, Lourdes (quien falleció en junio de 1992), Cecilia, Yola, Inés, Edmundo, Teclo, Guillermo, Juan Carlos, Basilio; doña Primi, Hilda, Alberto, Anita, Pepelucho, Elda, Cansio (quienes también fallecieron) y a todos los demás a quienes llevo en el corazón.

(Continuación)

Experimenté la ternura de ser “mamá” cuando me tocó atender a una niña autista, a quien conocí cuando ella tenía 4 años, Mariana, me enseñó que en la vida hay cosas bellas, tanto como ella misma, la acogí y adopté en mi corazón con la misma seguridad de que ella también lo hizo. Tenía la ilusión de que cuando yo fuera mayor me la llevaría y la cuidaría como una madre, la misma que ella no conoció; pero, ¡oh, utopía!, no sucedería así; no obstante, me prometí a mí misma que le pondría su nombre a mi primera hija, y así fue; mi hija de 9 nueve años lleva su nombre en honor a ella.

A los 16 años tuve que hacerme cargo de mi hermano menor (el menor de mis 9 hermanos); con él aprendí el valor de la responsabilidad y la fuerza de voluntad para lograr llegar a una meta. Lo cuidé hasta que tuvo 19 años; sin embargo, por azares de la vida (que son parte de otra historia) lo alejé para que aprenda a madurar lejos de mí.

También conocí al primer gran amor, de quien no hablaré ahora; le di el sí a mi verdadero amor, Juan Alberto; es decir, me casé en la capillita del hogar. Ese fue otro día maravilloso que



tuve la oportunidad de vivir dentro de esos cuatro muros de piedra, pero llenos de calor humano.

Dentro de esta fortaleza de Dios, también conocí a mis segundas madres: la Hna. Carmen, con su carácter tajante y en algunos casos severo, me enseñó que debo seguir adelante a pesar de las adversidades, ella me amó desde el primer día. La Hna. Teresa: me dio seguridad y ternura cuando me encontré sola, por primera vez lejos de mi familia; la Hna. Begoña: me guió y orientó a lo largo de mi pubertad, enseñándome que la responsabilidad es lo más importante, me apoyó cuando me tocó vivir ya de manera independiente,

cuidando de mí, inclusive cuando ya formé una familia; la Hna. Beatriz: me enseñó que se puede ser generosa siempre, especialmente con las personas que más lo necesitan.

Todas ellas fueron y son importantes para mí, pues aprendí de cada una algo bueno que guía el rumbo de mi vida.



Mariana y Juan Diego son los hijos de Juan Alberto y Griselda.

La Casa del Sagrado Corazón de Jesús y todos sus habitantes vivirán por siempre en mi corazón; resulta inolvidable el haber vivido entre seres que te acercan más Dios.

Gracias Sagrado Corazón de Jesús por todo lo que diste y me das. En vos confío.

Griselda.

Carta abierta de un voluntario creyente



**¿Qué necesidad
tenemos de
plantearnos la
existencia de Dios?**

**¡Hay más Vida
después de la vida!**

**Nuestra vida está
dirigida por un
Padre que nos
ama.**

Querida amiga, querido amigo:

A lo mejor piensas que los creyentes lo somos porque tenemos unos argumentos y razones que a ti se te escapan. Pues no, la fe no brota así en nuestro interior. No es cuestión de pruebas que te den seguridad.

Hay cosas que las sabemos seguro; por ejemplo, que dos y dos son cuatro. Pero la confianza en Dios nace dentro de mí de una manera más honda. Creer en Dios es creer en la Vida, intuir un sentido último para el mundo, confiar en el Misterio de la creación: un Dios que es amor.

Tal vez estés cavilando: *“Pero... ¿qué necesidad tenemos de plantearnos la existencia de Dios? ¿Para qué nos puede servir Dios? ¿Cambiaría, por eso, algo mi vida?”*

Creer en Dios significa sentir que el mundo no es algo cerrado, que se termina en sí mismo. Esto sólo es el “punto de partida”. Hay más Vida después de la vida.

Este mundo lleno de problemas, sufrimientos y conflictos no es nuestro último destino.

Creer en Dios significa sentir de otra forma mi propia dignidad. No solamente somos un conjunto de carne y huesos que alguna vez se pudrirán. “Alguien” ha pensado en mí. Me siento sostenido y estimulado por mi Creador para recorrer mi camino por este mundo con la dignidad propia de un hijo de Dios.

Creer en Dios significa sentir la vida como un regalo que me viene del Amor, y sólo Amor, de Dios. Puedo vivir esta vida que siento en mi interior como un proceso pleno de gozo, libertad y descanso final. No vivimos solos y perdidos. Ni estamos en manos del destino o la fatalidad. Nuestra vida está dirigida por un Padre que nos ama.

En el próximo boletín, si te parece, podemos seguir profundizando en estas cuestiones. Un abrazo,

Ignacio Salas.